

Igualdad de las razas humanas: antropología positiva

Antenor Firmin¹

[Sobre el libro]

A Haití.

Pueda este libro ser meditado y contribuir a acelerar el movimiento de regeneración que realiza mi raza bajo el cielo azul y claro de las Antillas.

¡Pueda inspirar a todos los hijos de la raza negra, dispersos en la tierra inmensa, el amor al progreso, a la justicia y a la libertad! Dedicándolo a Haití, lo dedico a todos ellos, a los desheredados del presente y a los gigantes del porvenir. [...]

El azar participa, en notable medida, de todas las cosas humanas. Cuando llegué a París no pensaba en modo alguno escribir un libro como este. Por mi profesión de abogado y los estudios realizados, me sentía especialmente dispuesto a ocuparme de cuestiones relacionadas a las ciencias morales y políticas, no tenía idea de trasladar mi atención hacia una esfera en la que se me podría considerar un profano. La mayoría de mis amigos pensaban, incluso, que aprovecharla mi estancia en la gran capital para seguir estudios de Derecho y obtener así los títulos de licenciatura y de doctorado. Hubiera sido, ciertamente, un resultado digno de mis deseos, no de las exigencias de la solidaridad y de las obligaciones familiares. Sin embargo, amén de cualquier otra razón, creo que cuando uno ha trabajado de manera consciente en su

¹ Joseph Anténor Firmin nació en una familia de clase media en Cabo Haitiano el 18 de octubre de 1850. Se educó en el Liceo Philippe Guerrier, donde estudió filosofía y derecho. Firmin se trasladó a París en la década de 1870 para continuar sus estudios superiores. Firmin fue una relevante figura política de su país, siendo ministro en varias ocasiones y presentándose en una ocasión como candidato a la presidencia. Sirvió como diplomático en varias misiones en Europa y América Latina, representando a Haití en conferencias internacionales y promoviendo los intereses de su país en el escenario mundial. Falleció el 19 de septiembre de 1911.

En 1885, Firmin publicó su libro *La igualdad de las razas humanas: antropología positiva*, del cual reproducimos aquí algunos pasajes tomados de la edición cubana de 2013. En este libro, desafió las teorías racistas de su tiempo y defendió la igualdad de los seres humanos. Firmin argumenta con gran detalle que no hay bases científicas para afirmar la superioridad o inferioridad de una raza sobre otra. Utiliza evidencia antropológica, histórica, sociológica, lingüística y hasta teológica para respaldar su posición, refutando las nociones de inferioridad racial promovidas por los teóricos raciales de su tiempo, como el racismo científico europeo.

Anténor Firmin es considerado hoy en día como uno de los primeros antropólogos afrodescendientes y un pionero en la lucha contra el racismo científico. En calidad de miembro de la Sociedad de Antropología de París, cuestionó a quienes desde el establecimiento antropológico apuntalaban la desigualdad de las razas. Su trabajo evidencia la complejidad de las conversaciones y entramados que se articulaban en torno a las sociedades científicas y museos problematizando el modelo difusionista y eurocéntrico que asume que la antropología es un producto que se origina en un puñado de países del norte para luego ser traída a América Latina y el Caribe.

Aquí publicamos una muy breve selección de algunos pasajes de su detallado y contundente libro con el propósito de invitar a su lectura en aras de que se justiprecie esta gran figura pionera de nuestras antropologías.

país para merecer el título que posee, es inútil reiniciar una carrera de estudiante en una rama del conocimiento ya transitada con más o menos éxito. Hay otras necesidades espirituales que exigen también ser satisfechas. Al hacerlo se compensa ampliamente la falta de un título muy apreciable, pero cuya ausencia no le quita mérito alguno al trabajo realizado fuera de las universidades europeas.

Fue eso lo que me motivó a llevar a cabo esta obra. El doctor Auburtin, sobre cuyo carácter simpático y liberal ningún elogio sería suficiente, se reunió varias veces conmigo, y con la deferencia de encontrar interesantes las conversaciones que sostuvimos, me hizo el generoso ofrecimiento de proponerme para la votación de la Sociedad de Antropología de París. Yo lo acepté con gratitud, pues por ser espontáneo tenía más valor aún, ya que mis estudios generales me permitían aprovechar de inmediato los trabajos de esta sociedad, en la que tantos hombres eminentes se reúnen para discutir los asuntos más elevados y más interesantes que uno se pueda imaginar, dado que se trata del estudio del hombre.

La recomendación del señor Auburtin tuvo éxito. Presentado por él y por los señores Mortillet y Janvier, fui elegido miembro titular de esta sabia sociedad, en su sesión del 17 de julio del año pasado. Les manifiesto ahora mi gran y profundo reconocimiento.

No tengo que ocultarlo. Mi mente siempre se ha sentido disgustada al leer diversos libros que afirman, dogmáticamente, la desigualdad de las razas humanas y la inferioridad congénita de la negra. Convertido ya en miembro de la Sociedad de Antropología de París, ¿no debía esto parecerme aún más incomprensible e ilógico? ¿Es natural acaso ver ocupar un sitio dentro de la misma sociedad y con el mismo rango a hombres que la misma ciencia que se supone que ellos representan, declaran desiguales? Al reanudar nuestros trabajos, desde finales del año pasado, yo hubiera podido provocar, dentro de la Sociedad, una discusión para aclarar esta cuestión, o, por lo menos, para conocer las razones científicas que autorizan a la mayoría de mis sabios colegas a dividir a la especie humana en razas superiores y razas inferiores; pero, ¿no hubiera sido considerado como un intruso? Un cuestionamiento desafortunado, ¿no habría hecho fracasar mi planteo previo a su examen? El sentido común, simplemente, me conducía a una duda legítima. Fue entonces cuando concebí la idea de escribir este libro, que me atrevo a recomendar para su meditación e indulgencia a los hombres especiales. Todo lo que puedan encontrar de bueno en él hay que atribuirlo a la excelencia del método positivo que he tratado de aplicar en la antropología, apoyando todas mis inducciones en los principios ya reconocidos por las ciencias definitivamente establecidas. Al hacer esto, el estudio de los temas antropológicos adopta un carácter cuyo valor es indiscutible. (p. 1-3) [...]

Tanto en Haití como en todas partes, la raza negra necesita la libertad, una libertad real, efectiva, civil y política, para desarrollarse y progresar. Si la esclavitud horroriza, horrible también le debe parecer el despotismo. Porque el despotismo no es otra cosa que una esclavitud moral; permite la libertad de movimientos a los pies y las manos, pero encadena y engarota el alma humana, asfixiando el pensamiento. ¡Por lo que, es indispensable recordar que es el alma, es decir, la fuerza de la inteligencia y de la mente, la que opera interiormente la transformación, la redención y la recuperación de todas las razas, bajo el impulso de una voluntad libre, iluminada, libre de toda opresión tiránica! Desde el señor Gobineau, cegado por la pasión, hasta el señor Bonneau, a menudo tan imparcial, se ha repetido demasiado que “el hombre negro no entiende el concepto de gobierno sin despotismo”; ha abusado de esta opinión -corroborada con

desafortunados ejemplos- para declarar que la inferioridad moral del etíope le impide alcanzar la noción exacta del respeto que se debe a la persona humana, sin lo cual la libertad individual deja de ser algo sagrado.

Deseo para mi raza, en cualquier lugar del mundo en que viva y se gobierne a sí misma, que rompa con las prácticas arbitrarias, con el desprecio sistemático de las leyes y de la libertad, con el desdén de las formas legales y de la justicia distributiva, asuntos soberanamente respetables porque constituyen la base efectiva del edificio moral que la civilización moderna erige laboriosa y gloriosamente sobre las ruinas acumuladas de las ideas medievales.

Y es sobre todo de Haití de donde debe salir el ejemplo. ¿Los negros haitianos no han dado ya pruebas, acaso, de la más espléndida inteligencia y de la más brillante energía? Hombres de Estado o escritores, jóvenes o ancianos, pronto comprenderán que la regeneración de la sangre africana solo será completa cuando además de preocuparse por su libertad y sus derechos, demuestren ser respetuosos de la libertad y de los derechos de los demás. A ello deberá también el etíope esa aureola que embellece nuestro rostro y la transfigura, la del esplendor de la dignidad moral, la única nobleza natural que eleva e iguala a todos los hombres y a todas las razas. ¡Que se engrandezca entonces, que prospere y se eleve sin cesar, de progreso en progreso, esta raza negra tan llena de vigor y de generosa vitalidad, digna y orgullosa, inteligente y trabajadora! Para ayudarla en su ascenso, nunca serán demasiados los obreros ni tampoco suficiente la consagración a la causa. Este libro es mi humilde y respetuosa ofrenda a la raza en un espíritu religioso. Algún día otros lo harán mejor, pero no con más pasión por su rehabilitación y su gloria de lo que yo lo he hecho. (p. 8-9) [...]

[Clasificación racial]

Aunque en nuestra opinión no existe una mejor base práctica para apoyar las grandes divisiones etnológicas, todos los etnógrafos y antropólogos concuerdan en que el color de la piel es una característica insuficiente para clasificar las razas humanas. Sin lugar a dudas, hay mucho que decir acerca de la solidez de este aspecto cuando se observa que el nubio, el cafre, el sudanés, el australiano, el drávida, el californiano, en fin, un centenar de pueblos de matiz más o menos negro difieren tan claramente por los rasgos de su rostro y cabellera. En la raza blanca, que incluye pueblos con una clara piel blanca, encontramos tipos mucho más homogéneos; pero son también bastante variados, desde el escandinavo de formas esbeltas, tinte rosado, ojos azules y grandes, y rasgos acentuados, hasta los osetios, robustos y carnosos, con fieros ojos pequeños. La raza amarilla presenta aún más desorden. Es imposible enumerar las diferencias de complexión y rasgos entre los chinos, el turco de Asia, el guaraní, el mexicano, el botocudo de América, el lapón europeo y, ya que se trata del color, el bosquimano de África meridional, los guanches y los bereberes, entre otros.

Esta confusión, que reina por lo general entre la conformación típica y el color de las diversas razas, es cierto que hace difícil e imperfecta toda clasificación antropológica basada solo en la coloración de la piel. ¿Pero cómo eludir esta dificultad? Si le niega cualquier valor taxológico a la coloración de la piel, ¿se puede identificar una característica anatómica o morfológica que sea un criterio más fiable para distinguir las razas humanas? Seguramente que

no. Ninguno de los métodos que hemos estudiado ofrece un resultado mejor. (p. 148) [...]

Las clasificaciones de raza son confusas porque en vez de tomar una base única, sus autores mezclan toda clase de criterios. La mayoría de las veces se crean denominaciones arbitrarias sin justificación, que no dicen nada de las particularidades naturales de las razas. ¿No es así que se habla de la raza aria, de la raza indoeuropea? Esta nomenclatura artificial es aún más falsa pues parece tener un sello científico que engaña al vulgo. La palabra aryen o aryan [aria], cuya raíz sánscrita significa noble, aplicada a toda la raza blanca, solo prueba una vanidad retrospectiva. En realidad, nunca ha existido una nación aria.

En cuanto al término indoeuropeo, proviene de una falsa teoría lingüística. Cuando se nombró así a la raza blanca, se ignoraba que la mayor parte de la población de la India era morena oscura o francamente negra. El error nace de la idea de que la belleza y la inteligencia son atributos exclusivos de la raza blanca. El término caucásico solo tiene autoridad por su antigüedad, pues diferentes razas rodean o viven en el Cáucaso. Hay menos que comentar de la denominación mongólica que con frecuencia se ha dado a toda la raza amarilla. Aunque los mongoles propiamente dichos, que comprenden los manchúes, tuguses, calmucos, etc., son solo una parte de la raza amarilla, su nombre ha sido utilizado como término genérico para designar toda la raza de la que parecen formarse los principales tipos. En cuanto al término etiópico, no hay reproches. No solo tiene a su favor las razones mencionadas para el término mongólico, sino que por su etimología, es simplemente una denominación. del color que designa a todas las razas con rostro oscuro, es decir, negras. (p. 152-153) [...]

La noción de una jerarquía de las razas humanas, que es una de las creaciones teóricas de los tiempos modernos o más bien del presente siglo, será sin dudas algún día la mayor prueba de la imperfección de la mente humana, y sobre todo de la raza orgullosa que la erigió en teoría científica. Sin embargo, merece la pena ser estudiada, de modo que pedimos al lector que reanime sus agotadas fuerzas debido al largo examen de nociones tan variadas y contradictorias como las expuestas hasta ahora, para seguirmos en la parte de esta obra que constituye más especialmente el objetivo de nuestras investigaciones y el punto principal de nuestra demostración. [...] (p. 178).

Teoría de la desigualdad y sus consecuencias lógicas

Aunque Gobineau, hombre de gran erudición, pero de poco entendimiento y carente de lógica, haya pretendido que “la idea de una desigualdad congénita, original, definida y permanente -entre las razas es una de las opiniones más antiguamente extendidas y adoptadas en el mundo”, ninguno de los que ha estudiado la historia podría admitir esta afirmación. Tal vez se observe una mente llena de egoísmo y orgullo que ha llevado “siempre a los pueblos civilizados a creerse superiores a las naciones que los rodean, pero puede afirmarse que no ha habido nunca la menor relación entre este sentimiento, consecuencia de un patriotismo estrecho pero muy respetable y de una idea positiva de jerarquía establecida entre las razas humanas. (p. 179). [...]

La división de la humanidad en distintas razas, clasificadas según los principios de las ciencias naturales, solo comenzó como noción positiva en la mente humana con el nacimiento de la ciencia etnográfica. Esta, que fue apareciendo aquí o allá en las obras históricas de importancia, solo se constituyó de manera definitiva con los trabajos sistemáticos de los

naturalistas de finales del siglo XVI como se ha mencionado. ¿No es absolutamente inexacto afirmar que la idea de la desigualdad original entre las razas fue una de las opiniones más antiguamente extendidas, sobre todo cuando se habla de las razas humanas, en el sentido que le atribuye la ciencia moderna?

La doctrina antifilosófica y pseudocientífica de la desigualdad de las razas se basa solo en la idea de la explotación del hombre por el hombre. La escuela norteamericana ha sido la única consecuente consigo misma al sostener esta doctrina, pues sus adeptos no ocultaban su interés capital en preconizarla. De esta forma les rindo homenaje, pues mientras los europeos han sido tímidos y han emitido sus opiniones con pobres sobrentendidos, más radicales y lógicos han sido los otros, incluso en sus errores. El europeo, que admite la pluralidad de las especies y su desigualdad comparativa, protesta contra la esclavitud en magníficos discursos. Para él no es más que una gran ocasión de recoger una nueva palma en el florido jardín de la retórica y probar, con su humanitarismo convencional, que tienen bien puestos los pies en el terreno de las humanidades. ¿Pero quién no siente la contradicción de esta táctica?

Cada vez que leo estos pasajes de estilo grave y pomposo, que denigran mi raza al imprimirles la marca de la estupidez, al tiempo que se protesta de forma elocuente contra la inmoralidad de la esclavitud, no puedo menos que gritar contra tanto fariseísmo. (p. 180) [...]

La esclavitud no es una injusticia solo porque reconocemos la igualdad de todos los hombres y de todas las razas. Aceptar la premisa de su desigualdad es, por lo tanto, legitimar la servidumbre de aquellos que se consideran inferiores. Insisto especialmente en esto, pues si en la política interna e internacional se reconoce la igualdad de todos los hombres y de todas las razas, con iguales responsabilidades y dignidad, no es concebible que se erija, junto a estos hechos legales, una teoría científica que sería la antítesis de la teoría jurídica.

La desigualdad de las razas humanas, si fuera real, legitimaría tan bien la esclavitud que, de forma manifiesta, el propietario del esclavo no podría considerarlo ni por un instante como su igual, sin que fuera al mismo tiempo aguijoneado por su propia conciencia. (p. 183-184) [...]

Tal coincidencia prueba que los esclavistas son los únicos consecuentes con ellos mismos, al sostener la teoría de la desigualdad de las razas humanas basada en la de la pluralidad de las especies. Así, parece imposible aceptar la existencia de razas superiores e inferiores, sin reconocer en las primeras el derecho de reducir a las otras al servilismo, con tal y que esto les resulte útil. Lógicamente, la ley que pretende que los mejores se desarrollen por todos los medios a su alcance solo se ajusta, en las relaciones humanas y sociales, por la igualdad de las facultades que implica la igualdad de las necesidades. (p.185) [...]

[...] los antropólogos, después de dividir los tipos humanos en tres grupos, que unos llamaban razas y otros especies (la distinción importa poco), han admitido unánimemente la doctrina de la desigualdad intelectual y moral de estos diversos grupos. En vano se busca en la mayor parte de sus obras una disertación adecuada sobre una cuestión tan grave. Sin embargo, por lo general razonan como si se tratara de un hecho tan bien demostrado que no hubiera necesidad de encontrarle un fundamento científico. ¿Dónde entonces se encontrará la exposición categórica de esta doctrina misteriosa implantada como un dogma en la mente de nuestros investigadores? ¿Quién nos iniciará en los arcanos de la ciencia del hombre?

Carus, en Alemania, y Gobineau en Francia, escribieron una obra en la que la tesis de la desigualdad de las razas fue sostenida de forma ostensible y positiva. El primero, aunque

fuera un especialista destacado, a la vez filólogo, naturalista y médico, trató el tema más como filósofo que como antropólogo. En cuanto al segundo, pensador más radical, era un erudito, pero carecía de la educación científica requerida para tal obra. La concibió y escribió sin que pareciera haber tenido la menor sospecha de la existencia de los métodos antropológicos ni de las ciencias secundarias que conducen a los mismos. Cuando apareció su obra, la antropología, que tomaría impulso rápidamente en Francia y el extranjero, gracias al proselitismo y celo de Broca, era aún bastante desconocida. El tratado sobre la desigualdad de las razas humanas apareció en 1853, pero no fue hasta 1859, cuando fuera fundada la Sociedad de Antropología de París, que se le dio un nuevo impulso a la ciencia. Sin embargo ¿habrían encontrado los antropólogos, en las concepciones fantasiosas y en las equivocadas paradojas de Gobineau, una fuente de luz tan viva que habrían aceptado las conclusiones como palabra santa? Sin haberlo manifestado nunca, dan pruebas de ello a diario.

A fin de revestir esta doctrina de un carácter científico, experimentaron en los campos de la anatomía y la fisiología, utilizaron y confirmaron en su opinión la inferioridad de los negros y amarillos comparados con los blancos, según una escala jerárquica que desciende del caucasiano al etíope y sus congéneres hasta el nivel más bajo. Todo esto se expresa de manera confusa, aquí o allá, sin mayores aclaraciones. Es imposible encontrar, en un tratado de antropología, un capítulo en que orden jerárquico de las razas humanas se reconozca de manera explícita, pero cada línea implica esta idea. Ya lo he dicho antes, se habla como de un hecho que no tiene necesidad de demostración a los ojos de los hombres de ciencia. (p. 187-187). [...]

Mientras más se estudie el pasado, más saldrá la verdad entre todos los falsos colores en que la ha sumergido una ciencia de prejuicios, y estaremos mejor dispuestos a aceptar el hecho de que la humanidad no está compuesta de razas superiores o inferiores, sino que todos los pueblos pueden, con el favor de las mismas circunstancias y en cierto momento de su evolución social, realizar actos heroicos u obras admirables que les aseguran la gloria en el presente y la inmortalidad en el futuro.

Claro esta no es la opinión de muchas personas que consideran a algunas razas humanas marcadas por una degradación irremediable. Con la mente demasiado estrecha y el cerebro incompleto, con el desarrollo solo de los órganos debido a la vida vegetativa, estas razas, cuyo rostro de mandíbulas monstruosas y labios hinchados, con una máscara repulsiva y horrible, están extendidas en diferentes lugares de la Tierra solo para probar el lazo que une a la bestia y al hombre caucásico. No hay absolución. Deformes y feos parecieron por primera vez al europeo y lleno de horror y deformes y feos permanecerán. Ignorantes y estúpidos se mostraron desde el primer día e ignorantes y estúpidos permanecerán hasta que la ley de Darwin los haga desaparecer de la Tierra. Terrible ananké, ¿perdonarás los malditos? ¿No tendrás nunca para ellos una mano menos pesada y ruda? (p. 336) [...]

Podrían citarse muchos autores de gran importancia, filósofos o científicos, con la misma opinión acerca de la inferioridad congénita de la raza negra y la profunda diferencia moral e intelectual que la separa, para decirlo de algún modo, de la humanidad blanca. Esta opinión se completa con una convicción no menos categórica de la mediocridad de la raza amarilla y de la superioridad incuestionable de la raza caucásica. Pero como los negros y los blancos ocupan los dos extremos de la escala etnológica, son ellos quienes son objeto constante de las comparaciones antropológicas.

Dejemos un lado toda consideración secundaria, y haremos las siguientes preguntas: ¿cómo tantos hombres eminentes, de una claridad indiscutible, estudiosos con teorías originales o filósofos librepensadores han podido asumir esta idea extraña de la inferioridad natural de los negros? ¿Esta idea no es como un dogma cuando, en lugar de basarse en una demostración seria, se limita a afirmarla como si se tratara de una verdad justificada por el sentido común y la creencia universal? En un siglo en el que todas las cuestiones científicas son estudiadas, ya sea por el método experimental o por observación. ¿el juicio mediante el cual se establece que la raza negra es inferior a todas las demás no se quedaría sin otra base que la fe de los autores que la sostienen, como esas propuestas apodícticas tan bien demostradas que no tienen contradicción? Es algo imposible. Ninguna verdad puede escapar a las leyes de la lógica, y cada vez que nos encontremos frente a estas opiniones que circulan en el mundo y nublan la inteligencia, sin otro papel que su divulgación, se le debe rechazar con toda confianza. (p. 404-405) [...]

Ahora bien, a pesar de la materia considerada hasta aquí, a pesar de todos los hechos que resultan contrarios, el perjuicio de la desigualdad de las razas está tan interiorizado en la mente de los hombres más ilustrados de Europa que al parecer no pueden renunciar a cambiar su mente. Debemos creer entonces en la existencia de algunas causas extrínsecas, ajenas al aspecto científico, pero que impera de tal forma, mantiene a las más claras inteligencias subyugadas y paralizadas. Con el objetivo de dar definitivamente luz al tema de la igualdad de las razas humanas -por tortuoso y difícil que sea el camino-, hay que buscar en esas poderosas influencias que permiten mantener ese error con tanta obstinación ante toda la evidencia. (p. 405) [...]

El derecho natural, el derecho de gentes solo se alza contra las usurpaciones políticas o sociales porque admite como primer principio la igualdad de todos los hombres, teóricamente absoluta, integral, que impone a cada uno la obligación de respetar a su semejante como a sí mismo, al tener todos la misma dignidad original vinculada a la persona humana. La igualdad de derecho no podría mantenerse como una abstracción sin correlación con las acciones. Todas las leyes generales de la sociología, por elevada que pueda ser la noción deben vincularse de manera infalible a una ley biológica que les sirva de base y les cree una raíz en el orden de los fenómenos materiales. Como hemos visto, la base de la igualdad de derecho entre los hombres no podría ser otra cosa que la creencia apriorística en su igualdad natural.

Ha bastado a la conciencia europea suponer que las demás razas son inferiores a la de Europa para que todos los principios de justicia perdieran su importancia y su forma de aplicación en cada ocasión en que se trate de usurpar los dominios de estas razas desheredadas. Esto resulta muy cómodo y demuestra la habilidad del caucasiano. Sin lugar a dudas esto no se divulga con claridad. Quienes se ocupan de los aspectos antropológicos, o incluso filosóficos, parecen no preocuparse del alcance jurídico de las teorías o doctrinas que preconizan, pero en el fondo todo se concatena. Más de una vez, el político, acorralado por situaciones difíciles y urgentes, se volcará de pronto en estas teorías científicas que parecen tan ajenas a su esfera de actividad.

Siempre que nos encontremos en presencia de europeos que discutan el aspecto científico de la igualdad o desigualdad de las razas humanas, estaremos frente a abogados en defensa de una causa en la que están directamente interesados. Parecen situarse bajo la autoridad de la ciencia y actuar solo a favor de la verdad, pero se apasionan por su tesis y se abstraen del móvil que los mantiene, sus argumentos se resienten de la influencia que sufre el abogado que

defiende pro domo sua. Con argumentos contrarios, tal vez yo cedo al mismo impulso. Pudiera decirse que la acción inversa es verdad, pero eso no destruye el hecho a demostrar. Ahora bien, es una constante que una de las causas de error que actúa con más fuerza sobre la inteligencia de los filósofos y antropólogos que sostienen la tesis de la desigualdad de las razas es la influencia de las aspiraciones invasoras y usurpadoras de la política europea; aspiraciones cuyo espíritu de dominación y fe orgullosa en la superioridad del hombre caucasiano son la principal fuente.

La mayoría de quienes proclaman con docto criterio que las razas humanas son desiguales -que los negros, por ejemplo, nunca llegarán a la más elemental civilización a menos que estén bajo la influencia del blanco-, con frecuencia redondean sus frases con periodos sonoros, pensando en una colonia que se les escapó o en otra que reclama la igualdad de condiciones políticas entre negros y blancos. No se renuncia con facilidad a la antigua explotación del hombre por el hombre, aunque el principal móvil de todas las colonizaciones es extender su campo de actividad y aumentar sus mercados. Economistas, filósofos y antropólogos se convierten así en obreros de la mentira que ultrajan la ciencia, la naturaleza y se ponen al servicio de una detestable propaganda. En realidad, lo que hacen es continuar en el mundo intelectual y moral, la obra abominable de los antiguos colonos al embrutecer al esclavo joven o negro mediante el agotamiento físico. (p. 474-475) [...]

Es curioso constatar a qué posiciones la doctrina de la desigualdad de las razas ha llevado a las mentes mejor formadas, a las inteligencias más equilibradas; pero todo esto es una nueva prueba del poder de la lógica. En la ciencia, como en todo, nos alejamos de estas para caer en los errores más groseros y en las teorías más insensatas. (p. 477) [...]

Sí los hombres pueden diferir por su fisonomía o color, pero son todos hermanos, es decir, iguales por su inteligencia y pensamiento. Ha sido necesaria una gran perversión de la mente, influencias muy poderosas sobre el cerebro del hombre blanco para llevarlo a desconocer esta verdad tan natural que no es necesaria la ciencia para entenderla. ¿Han existido siempre estas influencias? ¿Las que ya hemos estudiado han sido las únicas que han inculcado el prejuicio en los pueblos de raza blanca acerca de la desigualdad de las razas? Son cuestiones que merecen ser aclaradas. Demostrando la forma artificial, las falsas creencias que han propiciado la infiltración de este prejuicio en las inteligencias es que tendremos la oportunidad de extirparlo de las mentes. Por este medio lograremos disminuir las pretensiones de una ciencia incompleta, mal hecha, que continúa de manera inconsciente, y acredita los más penosos errores con afirmaciones tan confusas como perversas. (p. 497) [...]

[...] la teoría de la desigualdad de las razas conduce a un sistema oligárquico, despótico, sin que ni siquiera sea necesario suponer razas diferentes. Algunos eruditos y filósofos afirman que las razas no son iguales, ¿desearían un régimen que estableciera verdaderas castas en la misma nación a la que pertenecen? Estas concepciones, tan contrarias a las aspiraciones modernas, ¿no serían la mejor prueba de una aberración mental, algo de lo que no están exentos los que abogan contra la verdad y las leyes naturales? (p. 536) [...]

¡Ojalá que este libro contribuya a difundir la luz en las mentes y llamar a todos los hombres al sentimiento de la justicia y de la realidad! Al reflexionar sobre esto, quizás muchos sabios europeos, convencidos hasta aquí de la superioridad de su sangre, se sorprenderán al comprobar que han sido juguetes de una maligna ilusión. La situación actual, los mitos y las leyendas que acompañaron sus infancias y presidieron sus primeros pensamientos, las tradiciones con las

cuales sus inteligencias han sido continuamente alimentadas, todo los arrastraba a una teoría, a una creencia, que parecen estar bien justificadas.

¿Pero pueden ellos perseverar en un error cuyo velo está destrozado, sin renunciar al ejercicio de la razón que es el don máspreciado de la humanidad? ¿El prejuicio, que hace creer que un color más o menos blanco es un signo de superioridad, permanecerá por siempre anclado en las mejores cabezas, a pesar de que todos los hechos manifiesten su falsedad? Esto no podrá ser así. La razón no perderá sus derechos. Cuando ellos hayan visto, como en un espejo, las sugerencias exteriorizadas de su propio entendimiento, las sopesarán y las examinarán. Yo no dudo que entonces, rechazarán estas ideas que no se adecuan al temperamento intelectual y moral de nuestro siglo. (p.550-551).